

Pero atended á esta gran verdad: si fuera menester escoger entre dos excesos, valdria más arrojarse hácia el de la libertad que retroceder á la esclavitud. Hace algun tiempo que están oprimidos los patriotas en las secciones. Conozco la insolencia de los enemigos del pueblo, y no gozarán mucho tiempo de su ventaja, porque el pueblo desengañado los anonadará. Entre los buenos ciudadanos los hay demasiado impetuosos; pero ¿por qué hemos de achacarles á crimen la energía que emplean en servir al pueblo? Si no hubiesen existido hombres fogosos, no hubiera habido revolucion. No quiero exasperar á nadie, porque al defender la razon tengo la conciencia de mi fuerza. ¡Que se encuentre un crimen en mi vida!... (*Un sordo murmullo recorre los bancos de la Gironda*). Pido que se me envíe el primero al tribunal revolucionario, si me hallan culpable. He dado mis cuentas.» «¡No se trata de eso!»—le gritan desde la derecha. Danton vuelve al texto de sus ideas: «Es preciso reunir los departamentos, pero no irritarlos contra Paris. ¡Cómo! Paris, que ha quebrantado el cetro de hierro, ¿violaria el arca santa de la Representacion que le está confiada? No, Paris ama la revolucion, Paris merece el abrazo de Francia entera. El pueblo frances se salvará á sí mismo, y una vez arrancada la máscara á los que fingiendo patriotismo sirven de muralla á los aristócratas, Francia se alzará y derribará á sus enemigos». Esta amenazadora alusion á los girondinos, en boca de Danton, dejó entrever en un porvenir más ó ménos remoto un nuevo Setiembre.

XII

A pesar de todo, ni Danton ni Robespierre meditaban la muerte de sus adversarios en la Convencion. El primero vacilaba sin decidirse, y el otro observaba silencioso, como ántes del 10 de Agosto, los sucesos sin mover ni contener al pueblo. Las sesiones de los Jacobinos, casi desiertas desde que la lucha de los partidos se concentraba en la Convencion, oían raras veces su voz.

Sólo la víspera de la insurreccion, y siendo ya segura la victoria, fué cuando Robespierre prorumpió en amenazas contra la comision de los Doce.

Su palabra confirmó á las secciones en su pensamiento aún indeciso. Los agitadores del ayuntamiento se reunieron y tomaron el nombre de Club central ó de la Union republicana. Decidieron hacer intimaciones á la municipalidad para que se insurreccionase, convocase la fuerza armada y cerrase las barreras de Paris hasta que la Convencion hubiese hecho justicia al pueblo. Henriot, nombrado comandante general en reemplazo de Santerre, les respondia de las bayonetas. Era Henriot uno de esos hombres que se elevan sobre la hez de la sociedad cuando se remueve. Nacido en las afueras de Paris y entregado en su juventud á todas las profesiones sospechosas de una capital, primero criado sin probidad, despues charlatan y espía de policía, la revolucion de 1792 le abrió las puertas de Bicetre, donde estaba encerrado por algunos delitos, saliendo de allí, como salen las inmundicias de un albañal, para ensuciar é infectar la poblacion. Audaz en su actitud, pero cobarde de corazón, se ostentó en las filas de los insurgentes del 10 de Agosto, saqueó despues de la victoria y degolló en las cárceles. A falta de hazañas, distinguiéronle sus crímenes entre las turbas. Arrastró más bien que mandó al ejército de las secciones, disciplinadas por él para la anarquía.

Esta anarquía en que se agitaban las secciones alcanzaba tambien al gobierno, de suerte que la comision de los Doce no tenia para hacerse obedecer ni la ley ni las armas. La municipalidad, verdadero gobierno de Paris, estaba en rebelion, unas veces abierta, otras encubierta, contra la Convencion. En cuanto á los ministros, se atrincheraban en el círculo de sus atribuciones administrativas, esclavos complacientes de los comités, cuyas órdenes recibian. El ministro del Interior, Garat, era el único encargado de la vigilancia de Paris y de la seguridad de la Convencion. Pero Garat, inútil en momentos de crisis, era uno de esos hombres que se amoldan á los acontecimientos. Amigo de los girondinos en el alma, pero procurando captarse tambien el favor eventual de Danton, de Robespierre y de la Montaña, iban siempre sus palabras y sus actos marcados con el sello de esa templanza que, dando esperanzas á los dos partidos, sacrifica en el momento crítico al más justo por el más feliz. Siempre hay uno de esos hombres funestos á la cabeza de los partidos que van á perecer; armas de mal temple que se rompen en la mano del que quiere usarlas.

XIII

Pache, en la sesion del 27, respondió de la tranquilidad de la capital y de la seguridad de la Convencion.

A consecuencia de este informe, que consternó á los girondinos, pidió Marat la supresion de la comision de los Doce como inútil, provocando á la insurreccion. «Y no sólo á la comision de los Doce hago la guerra. Si la nacion entera fuese testigo de vuestras tramas liberticidas,—dijo encarándose á Vergniaud y Guadet,—os haria conducir al patíbulo.» Algunas diputaciones de las secciones habian venido á reclamar los ciudadanos presos, pidiendo con insolencia que los miembros de la comision de los Doce fuesen enviados al tribunal revolucionario. «Ciudadanos,—les respondió el presidente Isnard,—la Asamblea os perdona en atencion á vuestra juventud.» Irritada la Montaña, se levanta al oír esto. Robespierre se precipita á la tribuna, donde los gritos de la mayoría ahogan su voz. «¡Sois un tirano, un infame!»—grita Marat á Isnard. «Quieren degollar individualmente á todos los patriotas»,—añade Charlier. «¡Los tiranos á la Abadía!»—exclaman por todas partes. La Convencion, dividida en dos campos, no habla sino por gestos, que todos parecen envolver el desafío y la muerte de hombre á hombre, de partido á partido.

La voz de Vergniaud domina por un momento el tumulto. «No más discursos,—dice:—¡obras! Vamos á votar la convocacion de las asambleas primarias. Es el único remedio que nos queda en el estado en que nos hallamos. ¡Francia sólo puede salvar á Francia!»

Los girondinos, á la voz de Vergniaud, se levantan y agrupan, manifestando con su actitud y gritos que se adhieren á proposicion tan desesperada. Legendre y los jóvenes montañeses aceptan tambien el desafío, y gritan: «¡La votacion nominal!» El presidente se dispone á ello.

Temblando que la votacion nominal diese la victoria á los girondinos, la Montaña y los patriotas prorumpen en imprecaciones contra Vergniaud. «¡Levantemos la sesion!»—gritan los moderados. Isnard se cubre. Las voces, enronquecidas por

los clamores, se acallan. Danton, impasible al parecer hasta entónces, se dirige á los girondinos. «Os lo declaro,—dice con una voz que recuerda el estampido del cañon del 10 de Agosto,—os lo declaro, tanta imprudencia comienza á cansarnos.» Estas palabras significativas en boca del hombre de Setiembre son cubiertas de aplausos por las tribunas. La Montaña pide que se inserten en el acta, no como la aclamacion de un miembro aislado, sino como el pensamiento de todo un partido. El mismo Danton lo reclama, y sube á la tribuna movido por la impaciencia de su alma y por las manos de sus amigos. El silencio que Robespierre no ha podido obtener, se restablece al aspecto de Danton. Aquél no es más que la palabra del pueblo, pero éste es su brazo levantado. Todos atienden al golpe que va á dar.

«Declaro á la Convencion y á todo el pueblo frances que si persiste en detener aherrojados á unos ciudadanos cuyo crimen es un exceso de patriotismo, que si se niega el uso de la palabra á los que quieren defenderlos, declaro, digo, que con sólo cien buenos ciudadanos que haya aquí, resistiremos.» «Sí, sí»,—responde á una voz la Montaña. «Declaro—añade—que la denegacion de la palabra á Robespierre es una cobarde tiranía. La comision de los Doce vuelve las armas que habeis puesto en sus manos contra los mejores ciudadanos. ¡El pueblo frances juzgará!»

Danton baja y le sucede Thuriot, que llena de invectivas la accion y las palabras del presidente. «El es—dice—quien con sus respuestas incendiarias trata de encender la guerra civil en Paris, y él quien amenaza á esta capital con la destruccion.» «Presidente,—gritó Lanjuinais á Isnard,—no os humilleis respondiendo.» Por ambas partes se reclama de nuevo la votacion nominal ó el juicio del pueblo. Bazire se precipita á las gradas de la escalera que conduce al sillón del presidente. Algunos girondinos le detienen, y cubren con su cuerpo á Isnard. «Quiero arrancar de su mano—dice aquél—la señal de la guerra civil escrita en su respuesta á los peticionarios.» «Y yo,—dice Bourdon del Oise,—si el presidente tiene la audacia de proclamar la guerra civil, le asesino.» Se empieza la votacion nominal; pero es interrumpida por la acumulacion y el ruido del inmenso tropel de gente atraida á los corredores de la Convencion por la gravedad de la medida. «He querido salir en vano,—declara el diputado Lidot;—me han puesto la punta de un sable al pecho.»

La Montaña acusa á los girondinos de haber hecho venir alrededor del salon compañías de adictos suyos. Se interroga al comandante Raffet, y declara que habiendo marchado de orden de sus jefes, en el momento de estar restableciendo el orden, Marat, con una pistola en la mano, se ha adelantado hácia él, y poniéndole el cañon en las sienas, ha amenazado hacer fuego si no se retiraba. «He apartado el arma y he cumplido con mi deber»,—añade el oficial. Marat desmiente el hecho. El tumulto se acrecienta. Los aplausos de la Llanura vengan al comandante Raffet de los ultrajes de Marat. Se le admite á los honores de la sesion. La opinion, indignada, se inclina evidentemente hácia los girondinos.

La Asamblea se halla en uno de esos momentos de oscilacion en que sólo una palabra puede mover á los grandes auditorios á tomar las medidas más decisivas. Garat, ministro del Interior, entra en el salon con Pache. Todas las miradas se vuelven hácia ellos. El primero obtiene la palabra, y la emplea en defender á las secciones y á los conspiradores.

Aquellas apologías y justificaciones que en favor de ellos hace Garat irritan á la derecha, que le reconviene por discutir en vez de ceñirse á dar cuenta. La Montaña se declara por el ministro, y Legendre se arroja sobre Guadet con el brazo levantado; pero los amigos de éste le rodean y amparan. En la Llanura se oye gritar ¡Al asesino!, y el presidente interrumpe por tercera vez la deliberacion con la señal de conflicto, la cual restablece el silencio. Garat acrecienta sus insinuaciones contra la comision de los Doce. «Aseguro á la Convencion—dice—que no la amenaza peligro alguno, pudiendo volver cada uno de vosotros en paz á su casa. Respondo de ello con mi cabeza.»

El silencio de la consternacion sucede en los bancos de los girondinos á estas



Marat y el comandante Raffet en los corredores de la Convencion.—Pág. 476.

palabras del ministro, que les entrega á sus enemigos. Garat baja de la tribuna entre los aplausos de la Montaña, y va á sentarse en medio de los girondinos. Con esta actitud de falsa generosidad, afecta Garat participar de los peligros de sus amigos en el mismo momento en que los vende.

Danton le sucede. «Me prometo—dice con radiante aspecto—que de esta grande lucha surgirá la verdad, como del rayo nace la serenidad del aire. Hay hombres,—añade con acento de orgullosa amargura, mirando á Vergniaud y Guadet,—hay hombres que no pueden despojarse de un resentimiento. Por lo que á mí toca, la naturaleza me ha hecho impetuoso, pero exento de odio.» Ofrece al parecer por la última vez su neutralidad á los girondinos, mas éstos la rehusan.

Pache, animado por el favor que las tribunas dispensan á Garat, desarrolla con más astucia las acusaciones contra la comision de los Doce. «Debo declarar—dijo oncluyendo—que la comision de los Doce ha dado orden á tres secciones adictas, la de la Butte-des-Moulins, la del Mail y la de Noventa y dos, de tener dispuestos trescientos hombres armados.»

A estas palabras estalla en las tribunas un grito de indignacion, y las diputaciones de las secciones se apiñan tumultuosas á las puertas del salon. Pache pide á la Convencion que les oiga; los girondinos quieren levantar la sesion. Fonfrede baja del sillón, y Hérault de Séchelles le reemplaza. Agradable al pueblo de las tribunas por la gracia de su rostro y por su juventud, grato á la Montaña también por el exagerado republicanismo que afecta, esclavo de toda popularidad por su ambicion, Hérault de Séchelles se ve acogido en la presidencia por los aplausos de la sala toda. Su sola presencia es la señal de una concesion. Muchos se retiran por no ser testigos de los ultrajes que van á hacerse á la Representacion nacional, y los montañeses se diseminan por los bancos desiertos.

El orador, en nombre de veintiocho secciones de Paris, vuelve á pedir á la Convencion que Hebert sea puesto en libertad. «Gemimos—dice—bajo el yugo de un comité despótico, como ántes gemíamos bajo un tirano. Devolvednos los verdaderos republicanos. Libradnos de una comision tiránica, y que sea en esta misma sesion...» «Sí, sí»,—exclaman los miembros de la Montaña. Apenas deja Hérault de Séchelles al orador de las secciones terminar su frase.

«Ciudadanos,—responde á los peticionarios,—la fuerza de la razon y la del pueblo son una misma cosa. Contad con la energía nacional cuya explosion notais en todas partes. La resistencia á la opresion es tan sagrada como el odio á los tiranos en el corazón humano. Representantes del pueblo, os prometemos justicia, y os la harémos.»

Estas palabras del presidente, repetidas de boca en boca desde el pié de la tribuna hasta en los jardines y patios, anuncian al pueblo su triunfo. En algunas horas, la mayoría, personificada en los tres presidentes de la sesion, se ha mudado tres veces á fuerza del impulso que el movimiento exterior ha comunicado al salon: resuelta primero é implacable en Isnard, moderada y conciliadora en Fonfrede, cómplice en fin y sediciosa en Hérault de Séchelles. Enardecidos por esta acogida otros oradores de las secciones, acrecientan su audacia é invectivas contra los Doce: «Los patriotas están aherrojados. Las escenas del 17 de Julio se preparan. La república se halla destruida. No en vano habrémos jurado vivir libres ó morir. El foco de la contrarrevolucion está en vuestro seno. ¿Será este palacio aún el de las Tullerías? Diputados de la Montaña, no podeis acercaros á esta sala sin andar sobre millares de cadáveres, sin ver la sangre de los patriotas que han conquistado para vosotros este palacio. Teneis á vuestra disposicion cien mil brazos armados. Os pedimos la libertad de Hebert, el proceso del infame Roland y la supresion de la comision de los Doce». «Cuando se violan los derechos del hombre,—responde Hérault de Séchelles,—es preciso decir: ¡la reparacion ó la muerte!»

Esta provocacion á la insurreccion desde la tribuna, dada por el presidente en nombre de la mayoría, es como una orden. Lacroix convierte en decretos las peticiones de las secciones, y la Convencion las vota. Unense los peticionarios á los diputados, ocupando los huecos hechos por la Gironda, y votan con ellos. Restáuyese la libertad á Hebert, Varlet y sus cómplices. Queda suprimida la comision de los Doce. La Convencion levanta la sesion á medianoche, y el pueblo satisfecho se retira en medio de las voces de *¡Viva la Montaña! ¡Mueran los veintidos!*

LIBRO CUARENTA Y UNO.

Complots.—Lanjuinais.—Danton.—Hebert conducido en triunfo.—Calamidades públicas.—Política de Vergniaud.—Divisiones.—El 31 de Mayo.—Robespierre pronuncia el acta de acusacion contra los girondinos.—Votos concedidos á los peticionarios.—La Convencion.—El pueblo.—Los girondinos.

I

Aquella fué una noche de agitaciones, terrores pánicos y conciliábulos. Mientras que los girondinos, reunidos en casa de Valazé, concertaban entre sí los medios de recobrar una victoria que los montañeses debian tan sólo á una sorpresa, Marat, Hebert, Dobsent, Varlet, Vincent, Fournier el Americano, el español Gúzman, que era á Marat lo que Saint-Just á Robespierre, Henriot y unos sesenta miembros de los más exaltados de las secciones, se reunieron en un salon del Arzobispado cerrado al público. Allí deploraron los resultados de una victoria que, no dándoles despojos ni víctimas, dejaba á sus enemigos la vida, la tribuna, la palabra, la prensa, partidarios en algunas secciones del centro de Paris, y las ocasiones de recobrar su ascendiente. ¿Qué importaban á aquellos hombres de sangre las oscilaciones infructuosas de mayoría en una Convencion que era libre aún? Querian una Convencion esclava, instrumento dócil de sus furros, y que sólo conservase el nombre de Representacion nacional para encubrir el avasallamiento de los departamentos. Cada uno de aquellos hombres aspiraba al papel de los Gracos, de Clodio, de Mario, de Syla, de Catilina, y se creia más gran político á medida que meditaba más siniestras ejecuciones. Debatieron mil planes. Un jóven, más bien depravado que ilustrado por las letras, Varlet, desconocido aún, explanó un proyecto de asesinatos individuales, inspirado ostensiblemente por los recuerdos de Setiembre. Varlet habia fingido falsas correspondencias de los girondinos con el príncipe de Coburgo, documentos destinados á evocar la infamia y la execracion del pueblo sobre aquellos pretendidos traidores á la patria. Por la noche debia irse á prenderlos uno á uno en sus habitaciones, y conducidos sin aparato á una casa aislada del arrabal de Santiago, habian de ser muertos en secreto, sepultándolos en huesas abiertas de antemano en un jardin inmediato, y ocultando al público las causas de su desaparicion. Al siguiente dia, la publicacion de la correspondencia fingida entregaria sus nombres á la execracion pública, se divulgaria el rumor de su fuga á países extranjeros, y cuando la verdad llegase á desmentir estas suposiciones, ya estaria la república salvada, la municipalidad reinaria, y el pueblo daria gracias á sus vengadores.

Tal era el plan de Varlet, el cual halagaba á los ejecutores de Setiembre; pero